

AJHLE se escribe con J

El desde hace décadas anunciado declive de las humanidades ha tenido seguramente efectos paradójicos, pues al tiempo que las parcelas como la filología quedan en los márgenes del conocimiento y dejan de ser atractivas para la inmensa mayoría de los jóvenes que se plantean iniciar una carrera universitaria, despierta entre un grupo reducido adhesiones genuinas y entusiastas, como propias de una época de resistencia a la marea de los tiempos modernos. Siglos atrás, el esfuerzo de unos pocos sirvió para que el enorme caudal de conocimientos que atesoran los códices de la antigüedad griega y latina no se perdiera. La labor del filólogo, por situarse en los márgenes del conocimiento que nuestra sociedad demanda, es ahora más necesaria que nunca. La filología se convierte así en el mejor fármaco de la memoria, apropiándonos de palabras de Platón, pues su objeto no es otro que recuperar para los lectores de ahora la voz de los autores que nos precedieron. Estas reflexiones suscita en mí el hecho de que una asociación de jóvenes investigadores haya cumplido diez años de dedicación a la Historia de la Lengua y a la Historiografía lingüística, y que haya decidido celebrar el aniversario como mejor sabe hacerlo, dando muestra de la pasión por estas materias con un volumen en el que se dan cita diversos trabajos rigurosos en los que, dentro de los dos ámbitos señalados, se aborda el estudio de diversos problemas aun no resueltos.

La Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española ha completado una década en la que ha celebrado congresos con periodicidad anual, lo que dice mucho de su entusiasmo. En ellos doctorandos de todas las universidades españolas y algunas extranjeras se dan cita para poner en común sus conocimientos, métodos de trabajos y dudas que surgen en la tarea investigadora diaria. La lectura de las actas de estos congresos revela varios aspectos de interés para quienes no somos ya dignos de la *J* de la sigla. Uno es, desde luego, el que se conjuguen en un mismo espacio del saber la historia de la lengua y la historiografía; otro la preocupación por el método de trabajo, que se hace explícito en bastantes trabajos de estos investigadores. Me agrada especialmente comprobar cómo el propósito principal de la asociación, en palabras con las que nos recibe su página web, es «servir de lugar de reunión entre filólogos y lingüistas que inician su andadura dentro de la investigación histórica»; esta conjunción entre filología y lingüística recoge, creo, lo mejor de la tradición investigadora española, al tiempo que abre vías aprovechables para la renovación. Pero quizá es en la metodología donde surge una característica general, el interés por el fundamento empírico de la investigación, que se muestra en la necesidad de partir de corpus textuales cada vez más amplios y exigentes. En fin, quizá pueda señalarse también el interés que suscita en algunos de estos investigadores la tipología lingüística, una perspectiva de reconocidos frutos en el campo de la sintaxis histórica.

Todos estos motivos hacen que sea un verdadero honor haber sido invitado a prologar en este volumen conmemorativo, sobre cuya calidad me extendería si no lo abultara un trabajo mío. Algunos que lo entienden bien, suelen decir —otra vez con palabras ajenas— que el mayor defecto de la juventud actual es que... uno ya no forma parte de ella. Junto con su amistad, algunos de quienes sí forman parte de ella me hacen partícipe de sus inquietudes y esperanzas. Pero si no se nos concediera ya la *J* de la sigla, anima no poco saber que lo que nosotros no hagamos lo harán otros. A esta empresa animo a todos los actuales miembros de la AJHLE, al tiempo que deseo a la asociación misma largos años de renovada existencia.

PEDRO SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
Universidad de Alcalá